Antes de abrir la siguiente botella

Ella no quiere formar parte de su historia cuidadosamente construida



Laura Bellini

Antes de abrir la siguiente botella

Ella no quiere formar parte de su historia cuidadosamente construida

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384906194

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4

Capítulo 1 - Las condiciones que no figuraban en el contrato 11

Capítulo 2 - Lo que no se incluye en el horario 22

Capítulo 3 - Lo que no se puede planificar 34

Capítulo 4 - Fuera de encuadre 44

Capítulo 5 - El derecho a tener una noche para mí 58

Capítulo 6 - Un sabor inconfundible 70

Capítulo 7 - Entre lo que se ve y lo que realmente existe 83

Capítulo 8 - Más allá de los límites del viñedo 97

Capítulo 9 - Cuando el plan deja de ser suficiente 111

Capítulo 10 - Antes de abrir la siguiente botella 121

Capítulo 11 - Una mañana sin promesas 137

Capítulo 12 - La firma familiar 147

Capítulo 13 - El precio de una historia bonita 158

Capítulo 14 - Lo que permanece entre nosotros 171

Capítulo 15 - Todo lo que no me había contado 182

Capítulo 16 - El límite que no se puede mover 195

Capítulo 17 - Cada uno debe elegir su propio camino 205

Capítulo 18 - La primera factura de la verdad 215

Capítulo 19 - La verdad tiene un precio 227

Capítulo 20 - Antes de abrir la siguiente botella 237

INTRO

Lo primero que noté en los viñedos de Rataj fue el olor de las uvas aplastadas. Un aroma dulce e intenso, mezclado con la humedad de la tierra y el frescor de la tarde que empezaba a convertirse en noche. Lo segundo fueron las cajas colocadas en filas perfectamente ordenadas delante del edificio de la explotación. Lo tercero, un hombre que estaba moviendo una de ellas, aunque se encontraba exactamente donde debía estar.

Detuve el coche junto a la puerta de madera y miré el reloj. Tenía cuarenta minutos. Tiempo suficiente para hacer algunas fotografías, reunir material para mis propias notas y regresar a la pensión antes de que oscureciera. Al día siguiente comenzaría el trabajo de verdad. Hoy solo quería familiarizarme con el lugar, la luz y las personas. Sin horarios, sin declaraciones oficiales, sin sonrisas forzadas.

Llevaba varios meses trabajando en la idea de un libro de cocina que no pretendía convertirse en otra colección de recetas de platos espectaculares elaborados con productos que nadie sabía dónde encontrar en una tienda corriente. Quería contar una historia sobre la comida vinculada a un lugar, a una estación del año y a las personas que realmente sabían de dónde procedía aquello que llegaba a la mesa. La editorial todavía no me había prometido un contrato. Sin embargo, me había dado la oportunidad de presentar una parte del proyecto y no pensaba desperdiciarla.

Un viñedo en la Baja Silesia parecía el escenario perfecto. Las uvas estaban madurando, la gente trabajaba desde el amanecer y la temporada terminaría con una cena que los organizadores querían convertir en algo más que un simple

agradecimiento a los trabajadores. Mi tarea consistía en documentar la vendimia y ayudar a construir el relato de un lugar que llevaba años consolidando su posición en el mercado local. El encargo estaba bien remunerado y el material podía convertirse en parte de mi futuro libro.

Siempre y cuando no permitiera que nadie escribiera aquella historia por mí.

Saqué la cámara, me la colgué al cuello y me dirigí hacia las hileras de viñas. El sol ya descendía, tiñendo las hojas de un tono cálido, casi cobrizo. Hice varias fotografías de las manos que recogían los frutos, de las viejas cajas de madera y de las manchas de tierra en las botas de uno de los trabajadores. No me interesaban las imágenes impecablemente limpias. Prefería las imperfecciones, porque eran precisamente las que hacían que aquel lugar pareciera auténtico.

Al final de uno de los pasillos distinguí a dos hombres. Hablaban en voz baja, pero sus posturas decían mucho más que sus palabras. El mayor sostenía una hoja de papel en la mano, mientras que el más joven señalaba una parte de la ladera. No parecía una conversación habitual sobre las fechas de la vendimia. Cuando me acerqué, el hombre mayor guardó rápidamente el documento en el bolsillo y el más joven se dio la vuelta y se marchó sin despedirse.

Fotografié el pasillo vacío antes de que alguien pudiera entrar en el encuadre.

—Hoy es mejor que no fotografíe este lugar.

La voz llegó desde detrás de mí. Me volví.

El hombre al que había visto antes junto a las cajas estaba a unos pasos de distancia. Tendría alrededor de cuarenta años, el pelo oscuro con algunos mechones plateados en las

sienes y una camisa con las mangas remangadas. No parecía alguien que hubiera pasado la tarde posando para materiales promocionales. Tenía una mancha de zumo oscuro de uva en el antebrazo y un pequeño arañazo en la mano.

—¿Por qué? -pregunté.

—Porque no hay nada que merezca la pena mostrar ahí.

Miré el pasillo y después a él.

—Qué curioso. Hace un momento me parecía que precisamente ahí había más cosas que observar.

Durante unos segundos me miró sin sonreír. No estaba acostumbrado a que alguien respondiera a sus comentarios con otra pregunta. O quizá simplemente no tenía ganas de conversar.

—¿Trabaja para alguna revista?

—No. Estoy trabajando en un proyecto gastronómico.

—Entonces, sigue siendo prensa.

—No exactamente. Escribo libros.

—¿Sobre el vino?

—Sobre la comida. El vino forma parte de ella en ocasiones.

La comisura de sus labios se movió ligeramente.

—Creo que es la primera vez que alguien me dice de una manera tan diplomática que no le interesa lo que hago.

—No he dicho que no me interese. He dicho que no todo tiene por qué girar alrededor del vino.

Esta vez sonrió de verdad, aunque solo por un instante.

Se presentó como Wiesław Rataj. El propietario del viñedo. Lo dijo con tranquilidad, sin orgullo, pero tampoco con falsa modestia. Su mirada pasó de mi cámara al cuaderno que sobresalía de mi bolso.

—Si quiere preparar un buen reportaje, debería hablar conmigo antes de publicar las fotografías.

—Puedo hablar con cualquiera que tenga algo interesante que contar. Pero no prometo que todas las declaraciones aparezcan en el texto.

—Entiendo que le gusta tener la última palabra.

—Me gusta tener la mía.

Aceptó mi respuesta sin hacer comentarios. Me fijé en que no intentó defenderse ni convencerme de que debía ver las cosas de otra manera. En lugar de eso, levantó la caja que había estado moviendo antes y la llevó hasta el cobertizo. Lo hizo sin llamar a nadie para que lo ayudara, aunque había dos trabajadores cerca.

Había algo en él que no terminaba de encajar con mi primera impresión. Parecía un hombre acostumbrado a tomar decisiones, pero no alguien que creyera que los demás debían cumplir cada una de sus peticiones. Cuando uno de los trabajadores lo llamó desde el otro extremo del patio, Wiesław interrumpió inmediatamente nuestra conversación y se acercó a él. Escuchó con atención, sin interrumpirlo. Solo después respondió, señalando otro lugar donde podían almacenar las cajas.

Volví a concentrarme en la cámara. Durante unos minutos fotografié la vendimia, pero mis pensamientos seguían regresando a aquel pasillo y al documento que el hombre mayor había guardado con tanta rapidez. No pensaba sacar conclusiones precipitadas. No conocía sus asuntos, no sabía

qué había ocurrido antes ni por qué aquella conversación había terminado de aquella manera. Aun así, anoté una breve observación en mi cuaderno:

Viñedo familiar. Aquí no todo parece tan tranquilo como sugiere el paisaje.

Cuando regresé al patio, Wiesław estaba hablando por teléfono. Se encontraba junto a la puerta abierta del edificio, apoyando una mano en el marco. No levantaba la voz, pero bastó con que me acercara unos metros para escuchar un fragmento de la conversación.

—Ahora no. Mañana tenemos invitados. No vamos a volver a hablar de esto delante de todo el mundo.

Guardó silencio mientras escuchaba la respuesta.

—Precisamente por eso tenemos que mantener la calma.

Terminó la llamada y guardó el teléfono en el bolsillo. Cuando se dio cuenta de que yo estaba allí, su expresión volvió a ser la de antes. Como si unos segundos atrás no hubiera estado hablando con alguien con quien era incapaz de llegar a un acuerdo.

—¿Ha encontrado lo que buscaba?

—Una parte.

—¿Y el resto?

—Depende de si consigo encontrarlo sin ayuda de nadie.

—No parece usted muy confiada.

—Tengo suficiente experiencia para saber que la gente suele contar de sí misma aquello que quiere que los demás recuerden.

Durante un momento me observó en silencio. En su mirada apareció algo difícil de definir. Quizá curiosidad, quizá una advertencia.

—¿Y usted? -preguntó-. ¿Siempre busca algo oculto detrás de las cosas?

—Solo cuando la primera impresión parece sospechosamente bien pulida.

Esta vez no respondió con una sonrisa.

Nos despedimos brevemente. Me dijo que al día siguiente nos encontraríamos junto al edificio principal para hablar de los detalles de nuestra colaboración. Asentí con la cabeza, aunque no me gustó que sus palabras sonaran más a un hecho ya decidido que a una propuesta.

De camino al coche, volví a revisar las fotografías en la pantalla de la cámara. En una de ellas Wiesław había aparecido por casualidad al fondo de la imagen. No miraba al objetivo. Estaba de perfil, con las manos apoyadas en una caja, hablando con uno de los trabajadores. Parecía completamente distinto de como se había mostrado cuando me presentó el viñedo. Menos formal, más natural.

Dejé el dedo suspendido sobre el botón para borrar la fotografía, pero al final decidí conservarla.

No quería escribir sobre un hombre al que apenas conocía desde hacía unos minutos. Tampoco pensaba permitir que su presencia alterara mis planes. Tenía mi propio trabajo, mis propios plazos y una idea que era mucho más importante para mí que otra colaboración bien remunerada.

Y, sin embargo, cuando arranqué el motor, volví a mirar hacia el edificio. Wiesław estaba en la puerta, hablando con

alguien a quien yo no podía ver. No levantó la mano para despedirse. Simplemente me observó mientras me alejaba.

Pensé que al día siguiente tendría que dejar las cosas claras. Podía documentar la vendimia, podía ayudar a preparar la cena e incluso podía escribir algo bueno sobre aquel viñedo. Pero no iba a fingir que todo era perfecto solo porque alguien quisiera ofrecer esa imagen.

Todavía no sabía si Wiesław Rataj sería capaz de aceptar una historia sobre la que no tuviera el control absoluto. Lo que sí sabía era que su mirada había permanecido conmigo mucho más tiempo del que debería.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me pregunté si era posible acercarse a alguien sin permitirle decidir al mismo tiempo quiénes íbamos a ser dentro de su propia historia.

Capítulo 1 - Las condiciones que no figuraban en el contrato

A la mañana siguiente llegué al edificio principal de la bodega diez minutos antes de la hora acordada. No porque me preocupara especialmente ser puntual con Wiesław Rataj. Simplemente no me gustaba empezar una colaboración dando pie a que alguien pudiera pensar que llevaba demasiado tiempo esperándolo. Tenía mi propio plan para el día, una lista de fotografías que quería tomar y varias ideas para el material que deseaba comentar antes de que alguien empezara a explicarme cómo debía hacer mi trabajo.

El edificio era pequeño, pero estaba bien cuidado. Paredes claras, contraventanas de madera y una amplia terraza con vistas al viñedo. En el interior había una oficina comunicada con una pequeña sala de degustación. Una de las paredes estaba cubierta de fotografías que mostraban las distintas etapas del desarrollo de la explotación. En la más antigua aparecían varios hombres delante de una pequeña parcela plantada de viñas. En las siguientes, los viñedos ocupaban cada vez más terreno y el edificio tenía un aspecto progresivamente más moderno.

Me detuve frente a una fotografía en la que Wiesław aparecía junto a un hombre mayor. Ambos sonreían, aunque la sonrisa del propietario de la bodega parecía más contenida. El pie de foto decía: «Una tradición que une generaciones».

—¿Le gusta?

Volví la cabeza. Wiesław acababa de entrar en la estancia con dos tazas de café.

—Es interesante.

—No es lo mismo que decir que le gusta.

—No me gusta juzgar las fotografías por sus pies de foto.

Me tendió una de las tazas. Olía a café recién molido, sin ningún añadido.

—Solo. ¿He acertado?

—No recuerdo haberle dicho cómo lo tomo.

—Ayer no pidió nada mientras hablábamos. Pensé que el café solo sería una opción segura.

—¿Y si lo tomo con leche?

—Hay una nevera en la cocina.

Lo miré por encima de la taza.

—¿Siempre resuelve los problemas con tanta facilidad?

—Solo los que tienen soluciones sencillas.

Sonreí a mi pesar. Wiesław retiró una cartera de cuero de una de las sillas y la dejó sobre la mesa. Ya no parecía el hombre al que había conocido la tarde anterior junto a las cajas. Llevaba una camisa clara, pantalones oscuros y un reloj de esfera bastante sencilla. Seguía teniendo las mangas remangadas, como si ni siquiera en la oficina estuviera dispuesto a renunciar por completo al trabajo al aire libre.

—Antes de empezar -dijo-, me gustaría aclarar qué es exactamente lo que pretende hacer.

—Creía que precisamente para eso nos reuníamos.

—Ayer me dijo que estaba escribiendo un libro. Quisiera saber qué papel va a desempeñar nuestra bodega en él.

Saqué mi cuaderno.

—No pretendo escribir un catálogo de sus productos. Me interesa el proceso: desde la vendimia hasta la mesa. Quiero mostrar a las personas, su trabajo, los ingredientes locales y la manera de preparar las comidas durante la temporada de recogida. El vino formará parte de la historia, pero no será el único protagonista.

—¿Y nuestra familia?

La pregunta llegó demasiado deprisa como para considerarla casual.

—Si tiene algo que contar sobre la explotación, puede aparecer en el material. Sin embargo, no tengo intención de escribir una crónica familiar.

Wiesław se sentó frente a mí.

—Precisamente por eso la invité a colaborar. No quiero otra publicación en la que una bodega se reduzca a unas cuantas botellas y una fotografía de la puesta de sol. Me gustaría que la gente viera cuánto trabajo requiere esta temporada.

—Eso sí podemos hacerlo.

—Hay una condición.

Apoyé el bolígrafo sobre la página.

—Le escucho.

—No quiero que fotografíe absolutamente todo sin consultarlo antes. Algunas zonas son espacios de trabajo de la explotación, no forman parte de las instalaciones destinadas a los visitantes. También me gustaría aprobar las fotografías en las que aparezcan los empleados.

—No tengo ningún problema con obtener el consentimiento de las personas fotografiadas. Es una parte

normal de mi trabajo. Sin embargo, no aceptaré que el propietario del establecimiento apruebe todo el material.

—No he hablado de todo el material.

—Todavía.

Guardó silencio durante unos instantes. No parecía ofendido, sino más bien un hombre que acababa de descubrir que la conversación sería más complicada de lo que había imaginado.

—Entiendo que para usted es importante mantener su independencia.

—Lo que me importa es la credibilidad. Es algo más que una cuestión de orgullo profesional.

—No tengo intención de dictarle lo que debe escribir.

—Bien. En ese caso, no tendremos ningún problema.

Wiesław abrió la cartera y sacó varios documentos. Encontré en ellos el calendario de la vendimia, una lista de las personas responsables de las distintas tareas y un plan preliminar para la cena de clausura de la temporada. Todo estaba preparado con esmero. Cada hora tenía asignado su lugar y junto a los nombres aparecían breves descripciones de las responsabilidades correspondientes.

—La cena tendrá lugar dentro de dos semanas -dijo-. Queremos invitar a los trabajadores, a algunas personas de la región y a nuestros colaboradores habituales. Me gustaría que no pareciera un evento promocional, sino una auténtica celebración para cerrar la temporada.

—¿Cuántas personas?

—Unas treinta.

—¿Y el menú?

—Tenemos varias propuestas. Me gustaría que nos ayudara a organizarlas. No espero que cocine por nosotros. Lo que me interesa es contar la historia de los productos que utilizamos.

Deslizó hacia mí otra hoja. En ella estaban escritos los nombres de proveedores locales, diferentes tipos de quesos, verduras y carnes. Algunas de las propuestas llevaban anotaciones manuscritas.

Empecé a leer. Cuanto más tiempo pasaba mirando aquella lista, más me gustaba la idea. No había ingredientes extravagantes ni intentos de imitar a un restaurante de una guía gastronómica. Alguien había pensado de verdad en lo que podía prepararse con los productos disponibles en la zona.

—¿Quién ha diseñado el menú?

—Yo y la cocinera que se encarga de las comidas del equipo.

—¿Cómo se llama?

—Marta. Lleva seis años trabajando con nosotros.

—Me gustaría hablar con ella.

—Por supuesto.

—Y ver la cocina.

—Por supuesto.

—También quiero hablar con las personas que trabajan en la vendimia, sin que usted esté presente.

Wiesław levantó las cejas.

—¿Por qué sin mi presencia?

—Porque la gente se comporta de otra manera cuando el propietario está a su lado. No tiene que hacer nada. Basta con que sepan que podría escuchar sus respuestas.

Por un momento pensé que iba a protestar. Sin embargo, se recostó en la silla.

—Tiene una idea bastante concreta de cómo debe desarrollarse este trabajo.

—Tengo experiencia.

—Se nota.

No sonó como un cumplido pronunciado por simple cortesía. En su voz apareció un matiz de reconocimiento que me agradó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—A cambio -continué-, puedo preparar la documentación de la vendimia, realizar breves entrevistas con los trabajadores y elaborar material gastronómico relacionado con la cena. Recibirá una selección de fotografías para utilizar en la comunicación de la bodega, mediante una licencia independiente. No cedo los derechos de autor.

—No tenía intención de pedírselo.

—Prefiero hablar de estas cosas desde el principio.

—Entonces, siga.

Durante los siguientes quince minutos estuvimos revisando los detalles. Acordamos que no fotografiaría documentos financieros ni espacios privados. Los trabajadores decidirían por sí mismos si querían aparecer en el material. Cada persona tendría la oportunidad de leer sus declaraciones antes de la publicación, pero no recibiría el derecho a modificar toda la historia. Wiesław también aceptó que no aprobaría mis textos descriptivos.

Quedaba una cuestión que desde el principio me había parecido la más importante.

—Me gustaría saber quién tomará las decisiones relacionadas con la cena -dije.

—Yo soy el responsable de la organización.

—¿Y la cocinera?

—Marta se encarga de la cocina.

—Es decir, que si propone un cambio en el menú, ¿podrá llevarlo a cabo?

—Si está justificado, sí.

—¿Y si a usted no le gusta?

Wiesław me observó con mayor atención.

—Entonces lo hablaremos.

—Esa no es una respuesta.

—No tiene por qué tratar cada diferencia de opinión como si fuera una negociación comercial.

—Y usted no tiene por qué tratar cada decisión como si fuera exclusivamente suya.

Durante unos segundos nos miramos sin decir nada. Finalmente, Wiesław cerró la cartera.

—De acuerdo. Marta tendrá la última palabra en los asuntos de cocina. Yo seré responsable del presupuesto y la organización. Usted se encargará de la documentación y del material.

—Ahora sí podemos trabajar.

Me levanté, guardé el cuaderno y cogí la cámara. Wiesław también se puso en pie.

—Me gustaría enseñarle una parte de la explotación.

—Puedo ir sola.

—Lo sé. Pero hay lugares en los que será más fácil explicar algunas cosas si estoy a su lado.

Salió primero y yo lo seguí. En el exterior, el sol ya había calentado las losas de piedra de la terraza. A lo lejos se escuchaban las voces de los trabajadores y el ruido de las cajas al ser desplazadas. Wiesław caminaba tranquilamente, sin intentar imponerme su ritmo. Se detenía junto a las distintas hileras, me señalaba las variedades de uva y me explicaba las diferencias entre sus períodos de recolección.

Escuchaba con atención. Sabía mucho más de lo que dejaba entrever su manera escueta de hablar. Era capaz de identificar las cepas que necesitaban cuidados especiales, recordaba los nombres de las personas responsables de cada parcela e incluso reparaba en los pequeños cambios en el estado de los frutos. No hablaba del vino con el lenguaje de los folletos publicitarios. Hablaba del tiempo, del suelo, del trabajo y de las decisiones que a veces había que tomar antes de que sus consecuencias fueran visibles.

—No parece usted un hombre al que le guste delegar tareas -observé.

—Y usted no parece alguien a quien le guste tener a otra persona encima.

—Entonces ambos tenemos un problema.

—Puede ser.

Se detuvo junto a unas cajas que contenían racimos recién recogidos. Cogió uno, lo examinó y lo dejó a un lado.

—Esto irá separado.

—¿Por qué?

—Algunos racimos están dañados. No quiero que acaben en el mismo lote.

Fotografié su mano y la caja. Esta vez no protestó.

—¿Puedo? -pregunté, señalando la cámara.

—Ya lo ha hecho.

—Le pregunto si puedo conservar la fotografía.

—Si es buena.

—Eso no lo decidirá usted.

Me miró con cierta diversión.

—Empiezo a comprender que esta colaboración va a ser larga.

—Dos semanas. No se acostumbre.

Cuando regresamos al patio, una mujer se acercó a nosotros. Llevaba un delantal oscuro, tenía el pelo corto, caminaba con energía y mostraba la expresión de alguien que no estaba dispuesta a perder el tiempo con cortesías innecesarias.

—Wiesiek, necesito que tomes una decisión sobre las mesas.

—¿Qué ha pasado?

—Las del almacén no caben en la sala. Y si las colocamos en la terraza, tendremos que cambiar toda la distribución de la cocina.

—Podemos combinar las mesas de la sala con las del almacén.

—Podemos, pero entonces la gente estará sentada como en un vagón de tren.

Wiesław me miró.

—Ella es Marta. Se encarga de la cocina y de la organización de las comidas.

—Noemi Górska -me presenté-. Vamos a trabajar juntas en la cena.

Marta me observó con evidente curiosidad.

—¿Así que usted es la que va a hacer preguntas sobre la comida?

—Esa es la idea.

—Muy bien. Porque yo tengo unas cuantas cosas que contar.

—Entonces estaré encantada de escucharla.

Marta se volvió hacia Wiesław.

—¿Lo ves? Se puede hablar con la gente sin tener que decidirlo todo por ellos.

Él no hizo ningún comentario. Yo, en cambio, tomé nota mental de que aquella mujer no parecía pertenecer al grupo de personas que aceptaban incondicionalmente sus decisiones.

—Le enseñaré la cocina -propuso Marta-. Pero le advierto que hoy hay más trabajo que espacio.

—Precisamente esos son los lugares que más me interesan.

Wiesław me miró como si quisiera decir algo, pero al final se limitó a asentir.

—En ese caso, las dejo en buenas manos.

Lo observé mientras se alejaba en dirección al edificio de la explotación. Solo cuando desapareció tras la esquina, Marta se inclinó hacia mí.

—No se crea todo lo que dice como si fuera la versión definitiva de los acontecimientos.

—No es mi intención.

—Bien. Porque Wiesiek a veces quiere demasiado que todo parezca exactamente como debería.

No tuve tiempo de preguntarle qué quería decir con aquello. Marta abrió la puerta de la cocina y me invitó a entrar. Y por primera vez pensé que la parte más interesante de aquel trabajo quizá no se encontraba en el viñedo.

Capítulo 2 - Lo que no se incluye en el horario

La cocina resultó ser mucho más grande de lo que sugería el aspecto del edificio. Tenía dos amplias encimeras de trabajo, una cocina antigua, un frigorífico moderno y estantes llenos de tarros de conservas. En el alféizar había macetas con hierbas aromáticas y, junto a la pared, una mesa de madera sobre la que alguien había dejado una cesta de manzanas y un cuenco de ciruelas.

Marta no empezó presentándome el equipamiento. Primero me enseñó el frigorífico, después la despensa y una pequeña habitación donde se guardaban los productos destinados a las comidas de los trabajadores. Solo cuando se aseguró de que sabía dónde estaba cada cosa, me entregó un delantal.

—No tiene que cortar nada -dijo-. A menos que le apetezca.

—Preferiría hablar primero sobre la comida.

—Entonces, siéntese. ¿Un café?

—Ya he tomado uno.

—Mejor. Aquí el café es más una herramienta de trabajo que un placer.

Me senté a la mesa de madera y abrí el cuaderno. Marta sacó de un cajón varias hojas con propuestas de platos. No eran recetas preparadas profesionalmente, sino más bien combinaciones provisionales de ingredientes y anotaciones sobre su disponibilidad.

—La cena tiene que ser elegante, pero sin exageraciones -explicó-. Wiesław quiere que los invitados vean que somos capaces de preparar algo especial. Yo quiero que la gente pueda comer con normalidad, en lugar de pasarse tres horas mirando un plato.

—Lo entiendo.

—Y no quiero raciones diminutas que necesiten cinco minutos de explicaciones.

Me eché a reír.

—En ese caso, creo que nos entenderemos.

Empezamos por los entrantes. Marta propuso remolachas asadas con queso de cabra, tostadas con una pasta de pimientos asados y pequeñas porciones de paté preparado según la receta de su madre. También habría quesos locales y pan de masa madre. Como plato principal tenía previsto servir carne asada con verduras de raíz y, para quienes no comieran carne, un risotto de setas.

—¿Y el postre? -pregunté.

—Tarta de manzana. No una de esas que hay que fotografiar desde tres ángulos para que parezca más grande. Una tarta de manzana normal y buena.

—Por fin alguien habla mi idioma.

Marta sonrió ampliamente.

Seguimos conversando durante varios minutos. Me habló de los proveedores, de cómo cambiaba el menú según la temporada y de que la mayoría de los trabajadores prefería una comida sencilla servida a tiempo antes que un plato sofisticado que llegara una hora más tarde. Anoté algunos nombres y le pregunté si podría fotografiarla mientras preparaba las comidas.

—Si no me molesta, de acuerdo -aceptó-. Pero tengo una condición.

—¿Cuál?

—No me convierta en una mujer que se pasa la vida en la cocina porque le gusta hacer felices a los demás. Simplemente cocino bien y no tengo ninguna intención de ocultarlo.

—Trato hecho.

Cuando terminamos, Marta me acompañó hasta la salida. En el pasillo me crucé con Wiesław, que estaba hablando con uno de los trabajadores. No interrumpió la conversación, pero cuando me vio señaló con la mano una puerta lateral.

—Si tiene un momento, me gustaría enseñarle algo.

—Depende de qué se trate.

—De un lugar donde podamos hablar tranquilamente de los detalles de la cena. Supongo que en la cocina no había demasiado silencio.

—Había suficiente para escuchar todo lo que decía Marta.

—En ese caso, tiene ventaja.

—No lo considero así.

Me condujo hasta una pequeña habitación al final del pasillo. Había una mesa, varias sillas y una estantería llena de documentos. En la pared colgaba un mapa del viñedo en el que estaban marcadas las distintas parcelas. Wiesław cerró la puerta, pero no echó la llave. La dejó entreabierta unos centímetros, como si no quisiera aislarse de los sonidos de la explotación.

—Aquí podemos trabajar -dijo-. No tenemos que ocupar la sala de degustación cada vez.

—Es una solución práctica.

Colocó sobre la mesa el plan de la cena. Esta vez no era un horario terminado, sino una tabla vacía con espacio para nombres, horas y observaciones.

—Me gustaría que estableciéramos exactamente qué vamos a preparar durante las próximas dos semanas.

—A mí también.

Me senté frente a él y saqué el cuaderno. Durante unos minutos estuvimos revisando el orden de las actividades. Acordamos que el primer día me centraría en la vendimia y en las conversaciones con los trabajadores, y que al día siguiente documentaría los preparativos en la cocina. Durante los días posteriores podría regresar a los lugares que eligiera si necesitaba más material. Planificaríamos la cena juntos, pero Marta seguiría siendo la responsable de preparar los platos.

—También me gustaría que hiciéramos algunas fotografías familiares -dijo Wiesław.

No levanté la mirada inmediatamente.

—¿A quién se refiere exactamente?

—A mi familia. Mis padres, mi hermana, quizá sus hijos, si quieren venir.

—¿Todos conocen ya la idea?

—Todavía no he hablado con cada uno.

—En ese caso, no podemos incluirlo en el horario como un punto confirmado.

—¿Por qué?

—Porque las personas no son elementos decorativos. Primero hay que preguntarles si quieren participar.

Wiesław apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Es una cena para cerrar la temporada. Una tradición familiar.

—Es decir, que quiere mostrar a la familia.

—Quiero mostrar a las personas que dan vida a este lugar.

—No siempre es lo mismo.

Me observó durante unos instantes, como si estuviera intentando averiguar si pretendía provocarlo.

—No entiendo por qué da por sentado que quiero fingir algo.

—No lo doy por sentado. Simplemente todavía no sé qué es verdad y qué es una idea pensada para una fotografía.

—¿Y si le digo que quiero que mi familia esté presente?

—Entonces preguntaré si los demás miembros de su familia también quieren estarlo.

Sonrió ligeramente, aunque su mirada conservaba cierta cautela.

—Es difícil convencerla.

—No estoy aquí para dejarme convencer.

—Mejor. No me gustan las personas que están de acuerdo conmigo solo por evitar una discusión.

—Sin embargo, tengo la impresión de que no siempre le resulta fácil escuchar una opinión diferente.

Durante unos instantes no respondió. Después apartó el documento y se levantó para acercarse al mapa.

—Esta es la parte más antigua del viñedo -dijo, señalando una zona situada más cerca de la colina-. Mi padre plantó allí